

EL TURISTA

Nueva teoría de la clase ociosa

Dean MacCanell

University of California Press

Traducido por: Juan Guillermo Caicedo DiazdelCastillo

Capítulo 5

AUTENTICIDAD REPRESENTADA

LA modernización de las relaciones de trabajo, la historia y la naturaleza las desconecta de sus raíces tradicionales y las transforma en experiencias y productos culturales. El mismo principio opera en “el día a día” en la sociedad moderna, haciendo de la vida urbana, la rural y las relaciones tradicionales domésticas una “producción” y un fetiche. La modernidad está volteando de manera bastante literal “de adentro hacia fuera” la estructura industrial mientras estos detalles cotidianos “de la vida real” y “auténticos” se entretrejen en la trama de nuestra solidaridad moderna junto con otras atracciones. El hombre industrial podía retirarse a su propio nicho en su lugar de trabajo, en el bar de su propio barrio o sus propias relaciones domésticas. El hombre moderno está perdiendo su conexión con el banco de trabajo, el barrio, la ciudad, la familia que una vez llamó suya pero, al mismo tiempo, está desarrollando un interés en la “vida real” de otros.

La irrupción moderna de la vida real y la emergencia simultánea de la fascinación por la “vida real” de los otros son signos evidentes de una redefinición social importante de las categorías de “verdad” y “realidad” que está tendiendo lugar. En sociedades pre modernas verdad y no-verdad son distinciones socialmente codificadas protegidas por normas. El mantenimiento de esta distinción es esencial para el funcionamiento de una sociedad que está basada en relaciones interpersonales. La estabilidad de las relaciones interpersonales requiere una separación de la verdad de la mentira, y la estabilidad de la estructura social requiere relaciones interpersonales estables. Este patrón es más notorio en el caso primitivo, donde la estructura familiar ES estructura social. En el caso moderno la sociedad se establece a través de representaciones culturales de la realidad en un nivel superior al de las relaciones interpersonales. Las relaciones de la vida real están siendo liberadas de sus lazos tradicionales, a causa de que la integridad de la sociedad ya no depende de tales amarres. Nadie ha descrito el impacto de este cambio social estructural tan bien o tan detalladamente como Erving Goffman. El ha encontrado que no es suficiente ser un hombre para ser percibido como uno. Ahora a menudo es necesario ejecutar la realidad y la verdad.

Empiezo mi análisis del problema de la autenticidad mirando a través del puente entre la estructura y la conciencia construido por Goffman. Encuentro necesario extender su concepción un poco para que llegue al otro lado.

FRENTE, PARTE TRASERA Y REALIDAD

Haciendo un paralelo con una división propia del sentido común, Goffman analizó una división estructural de establecimientos sociales en términos de regiones de frente y

traseras. El frente es el lugar de encuentro de anfitriones y huéspedes o de clientes y personal de servicio y la parte trasera es el lugar a donde los miembros del equipo local se retiran entre funciones para relajarse y prepararse.

Ejemplos de regiones traseras son cocinas, cuartos de máquinas, baños ejecutivos y ejemplos de frentes son recepciones, oficinas y tiendas. Aunque arreglos arquitectónicos se movilizan para apoyar esta división, esta es primordialmente, una división *social*, basada en el tipo de actuación que es ejecutada en un lugar, y en los roles sociales ahí encontrados. En palabras de Goffman:

Dada una representación particular como punto de referencia, hemos distinguido tres roles cruciales con su función como base: aquellos que representan; aquellos ante quien se representa; y los extraños que no representan ni observan...(los) tres roles cruciales mencionados podrían ser descritos con base en las regiones a las cuales el participante tiene acceso: los actores aparecen en el frente y la región trasera; la audiencia solo lo hace en el frente; y los extraños están excluidos de ambas regiones'

La realidad de una representación social aparente, dada por hecho, de acuerdo con la teoría de Goffman, no es una parte nada menos que problemática de la conducta humana. Por el contrario, depende de arreglos estructurales como la división de frente y parte trasera. Una región trasera cerrada a las audiencias y extraños, permite ocultar elementos de utilería y actividades que podrían desacreditar la representación en el frente. En otras palabras, mantener un firme sentido de realidad social requiere cierta *mistificación*.

Aquí el problema es claramente uno de aspectos emergentes de la vida en la sociedad moderna. Los primitivos que viven sus vidas totalmente expuestos a sus "otros relevantes" no sufren de ansiedad acerca de la autenticidad de sus vidas, a menos que, tal vez un aspecto aterrador de la vida se vuelva súbitamente *demasiado* real para ellos. El problema opuesto, un sentido debilitado de realidad, aparece con la diferenciación social entre frente y parte trasera. Una vez esta división se establece, no es posible un retorno a un estado *natural*. La autenticidad misma se mueve para habitar la mistificación. Un ejemplo reciente de mistificación diseñado para generar un sentido de realidad es el anuncio de que se inyectan los jamones nitratos químicos con propósitos cosméticos para hacerlos más rosados, apetitosos y deseables: más similares a un jamón.² De manera similar las bailarinas en northbeach en San Francisco, se inyectan los senos con silicona para conformar sus formas y firmeza con las características de un seno *ideal*. Las novelas sobre novelistas y los programas de televisión sobre estrellas ficticias de televisión ejemplifican esto en un plano cultural. En cada uno de estos casos, una especie de forzada honestidad es similar en la mayoría de sus elementos a una mentira. En otros casos, la estructura social misma está involucrada en la construcción del tipo de mistificación que mantiene la realidad social.

De hecho, los arreglos estructurales sociales pueden generar mistificaciones sin manipulación por parte de los *individuos*, eso sucede en los ejemplos del jamón y el de los senos.

La posibilidad de que un extraño penetre una región trasera es una gran fuente de preocupación social en la vida cotidiana, tanto una preocupación para los extraños que

serían los violadores como para los violados. Todos esperan que este tipo de intrusión no suceda, lo que es una paradoja en el sentido de que la ausencia de relaciones sociales entre extraños hace de los secretos de una parte trasera, irrelevantes para las personas ajenas o intrusos casuales o accidentales. El simple hecho de tener una región trasera genera la creencia de que hay algo más de lo evidente; incluso sino hay en la realidad secreto alguno. Las regiones traseras siguen siendo los lugares donde se cree popularmente que están los secretos. Los folcloristas descubren historias de terror ocultas en áticos, y sótanos, dando cuenta de esta creencia.

REGIONES TRASERAS Y SOLIDARIDAD SOCIAL

En el momento la función de las regiones traseras está sin explorar- su existencia volviendo íntima su posible violación- en términos de su mantenimiento de la polaridad de sentido común de la vida real: los putativos “íntimos y reales” a diferencia de “puesta en escena” esta división en frente y atrás, mantiene la creencia popular en lo que concierne a la relación de realidad con intimidad. En nuestra sociedad, a la intimidad y cercanía se les atribuye mucha importancia: son vistos como el núcleo de la solidaridad social y muchos piensan que son moralmente superiores a la racionalidad y a la distancia en relaciones sociales, y más “reales”. Ser “uno de ellos”, o ser uno con “ellos” significa en parte, ser admitido a compartir regiones traseras con “ellos.” Esto es un compartir que permite ver tras las meras representaciones del otro, permite percibir y aceptar a los otros como son.

La experiencia turística está circunscrita a las tendencias estructurales aquí descritas. Los Turistas (sightseers) están motivados por un deseo de ver la vida como se vive en realidad, incluso entrar al grupo de los nativos y al mismo tiempo son menospreciados por fracasar en esas metas. El termino “turista” cada vez mas se usa como una etiqueta negativa para nombrar a alguien que se siente satisfecho con sus experiencias evidentemente inauténticas.

La variedad de comprensión presentada a los turistas como un ideal es una experiencia autentica y desmitificada de un aspecto de una sociedad o de otra persona. Una escritora anónima en una publicación *underground* describe hasta quedar sin aliento sus sentimientos frente a un danza completamente femenina, de liberación, donde ella consideraba que había podido liberarse de el *frente* que usualmente mantenía en la presencia de los hombres.

Finalmente los hombres se alejaron de la puerta. Y bailamos, todas nosotras, en círculos y líneas, tomadas de las manos y con los brazos entrelazados, aplaudiendo, y saltando- un grupo de personas *completas*. Recuerdo tantos otros bailes, parejas, hombres y mujeres, sentados, sin siquiera hablar. ¿Como podría haber admitido a ese emparejamiento odioso, posesivo y celoso?

Tanta energía y vida, y sensualidad, que nosotras las mujeres tan raramente e ineficazmente expresamos; pero lo hicimos, el sábado. Las mujeres en la banda estaban por encima de una puesta en escena y por encima de competir, cantando y tocando con nosotras que bailábamos.

Y nosotras bailábamos, expresando por y para nosotras.

Una versión unilateral y anterior de esta conexión entre la verdad, la intimidad y compartir la vida tras el escenario puede encontrarse en las descripciones del método etnográfico de recolección de información. Margaret Mead escribe:

El antropólogo no solo registra el consumo de sago en la dieta nativa, sino que come por lo menos suficiente para saber qué tan pesado es para el estomago; no solo registra verbal y fotográficamente el fuerte agarre de las manos del bebé alrededor del cuello sino que también carga el bebé y experimenta el apretón en la tráquea; se apura o se retrasa camino a la ceremonia; se arrodilla, medio cegado por el incienso mientras los espíritus de los ancestros

hablan, o los dioses se rehúsan a aparecer. El antropólogo ingresa en el lugar y observa... Estos escritores basan sus comentarios en una distinción implícita entre frentes falsos y realidad íntima, una distinción que no es para ellos problemática: una vez una persona o un observador, sale del escenario o ingresa en el lugar, la verdad real empieza a revelarse más o menos automáticamente.

Una examinación más cercana de estos asuntos sugiere que tal vez no sea tan fácil penetrar en el verdadero funcionamiento interno de otros individuos o sociedades. Lo que ese toma como real, podría de hecho ser una puesta en escena que está basada en la estructura de la realidad. Por ejemplo Goffman, advierte que bajo ciertas condiciones es difícil separar frente y parte trasera, y que éstos a veces se transforman el uno en el otro:

Podemos observar la mejora de los establecimientos domésticos, cuando la cocina en un momento poseía sus propias regiones traseras, ahora se vuelve en la región menos presentable de la casa, aunque simultáneamente se vuelve cada vez más presentable. Podemos también seguir aquel peculiar movimiento social que llevó a algunas fábricas, barcos, restaurantes y casas a limpiar sus regiones traseras hasta un punto que, como monjes, comunistas o concejales alemanes, sus guardias están siempre arriba y no hay lugar donde el frente no esté puesto, mientras al mismo tiempo, los miembros de la audiencia se conmueven suficientemente con el ELLO* social como para explorar los lugares que han sido limpiados para ellos.

La entrada (pagando) a los ensayos de la filarmónica es solo uno de los ejemplos más actuales. Bajo las condiciones que Goffman documenta aquí, la división entre frente-espacio trasero, ya no permite hacer una distinción sencilla entre simples actuaciones y expresiones auténticas de características reales. En lugares donde los turistas se reúnen, estos problemas son aún más complejos.

AUTENTICIDAD EN INSTANCIAS TURÍSTICAS

No a todos los viajeros les preocupa ver tras el telón en los lugares que visitan. Ocasionalmente y para algunos visitantes, las regiones traseras son obstáculos. Cuando Arthur Young visitó Francia en 1887 para hacer observaciones para su estudio comparativo de la agricultura también observó lo siguiente:

En las necesidades de una posada francesa no cuentan trapeadoras o escobas. No hay campanas en absoluto; la sirvienta deberá ser llamada a los gritos; y cuando hace presencia, no es limpia, ni bien vestida ni bella. La cocina está negra de humo; el amo comúnmente el cocinero y entre menos se vea el cocinar, más probable será tener estómago para la comida. La anfitriona raramente se muestra civil o presta atención a sus invitados, como se esperaría dada su ocupación. Estamos tan poco acostumbrados en Inglaterra a vivir en nuestras recámaras que es al principio incomodo en Francia el encontrar que la gente vive solo ahí. Aquí encuentro que todos, sea su rango el que fuere, viven en su recámara.

Para algunos, especialmente algunos turistas Estadounidenses y viajeros de hoy en día, la actitud de Young sería considerada insensible, cínica incluso si se está de acuerdo con que su tratamiento de los hechos era preciso- como aparentemente lo fue. Se encuentra en el lugar de la actitud de Young mucho interés en los detalles de lo que precisamente Young quería no notar. Un deseo turístico de tomar parte en la vida real de los lugares visitados, o por lo menos el ver esa vida como realmente se vive, es un reflejo de la conclusión del reporte de un turista acerca de un pequeño pueblo español:

Finalmente, Frigiana no tiene ninguna atracción espectacular, como la Alhambra en Granada o la cueva en Nerja. El encanto de Frigiana yace en su atmósfera. Es encantador sin ser truculento o artificial. Es un pueblo vivo, y no un "pueblo español auténtico restaurado" Aquí uno puede ver y entender mejor el estilo de vida de Andalucía.

Hay formas vulgares de expresar este sentimiento liberal, el deseo de “salir de la senda recorrida” y estar “dentro con los nativos”. En una publicidad de una aerolínea se lee:

Tome “de tour”, la vacación de quince días de Swissair que le permite tomar un desvío hacia el camino menos recorrido, ignorado e inesperado de las esquinas de Suiza por precios desde \$315 ... incluyendo auto. Tome “de Tour” pero tenga cuidado con las ovejas, cabras y gallinas. Algunos turistas de hecho hacen incursiones en la vida de las sociedades que visitan, o por lo menos tienen permitido echar una mirada en una de sus regiones traseras. En 1963, el administrador del centro de estudios de la universidad de California en Berkley invitaría ocasionalmente visitantes para que lo acompañaran en sus rondas de inspección periódicas. Para el visitante, esta era una oportunidad de ver las cocinas, el lugar tras las máquinas que alineaban los bolos en la bolera, los enormes ventiladores en el techo etc. Pero él no era un administrador típico. Éste tipo de hospitalidad es la regla en lugar de la excepción en las áreas del mundo que han sido civilizadas por más tiempo, un factor en la popularidad de estas áreas con los Anglo-Americanos. Una corresponsal me contó que fue invitada por un mercader de telas en el bazar de Damasco para que visitara su fábrica de seda. Ella contestó “sí” en ese momento el abrió una puerta tras su mostrador revelando un cuarto pequeño y oscuro donde dos hombres en ropa interior se sentaban en el piso a ambos lados de una rueca manual pasándose una Lanzadera* el uno al otro. “toma un año tejer un ovillo de seda así”, explicó el dueño mientras cerraba la puerta. Este tipo de situación, una *experiencia* en todo el sentido cotidiano de esa palabra, a menudo sucede por accidente. Una Señora que es familiar mía, y otra señora amiga suya, se adentraron demasiado en las montañas Rocallosas Canadienses cerca de Banff y encontraron que les quedaba demasiado recorrido por hacer para volver al pueblo para el tiempo que les quedaba. Ellas fueron rescatadas por el equipo del tren de las provisiones y lo que más recuerdan de su experiencia fue el que se les permitiera viajar con el conductor en la cabina de la locomotora. Una pareja joven de Estadounidenses me contó sobre su imposibilidad de conseguir un hotel en Zagreb, Yugoslavia. Mientras discutían sus vicisitudes en el andén, una mujer vieja se les acercó y los guió a través de un camino redundante hasta un pequeño apartamento donde rentaron un cuarto en el mercado negro, desplazando a la familia de trabajadores que dormía en un sofá tras una cobija que colgaba a modo de cortina en la sala.

Ciertos individuos son susceptibles al tipo de accidente que lleva a estas experiencias porque buscan situaciones en las cuales este tipo de cosa es mas probable. Un reporte del caribe sugiere que el gusto por este tipo de acción puede cultivarse:

“Pero los turistas nunca toman los botes del correo” dijo el gerente del hotel. Eso cerró el trato,

La tarde siguiente salte frente al puerto en Cayo Potter en el centro de Nassau a la cubierta oxidada del *DEBORAH K.*, meciéndose ausente en sus cuerdas resortadas... [El escritor describe los saltos de isla en isla en botes de correos y concluye con esta observación.] El siguiente día, mientras volaba en un avión de Bahamas Airlines, avisté el Deborah K. Dirigiéndose hacia los cayos de Green Turtle. No es un barco para los débiles de estómago y tiene un mínimo de las comodidades que el común de la gente considera indispensables, pero ella y sus hermanas botes de Correos ofrecen una forma maravillosamente económica de ver la vida en las Bahamas- la vida que viven los nativos, no los turistas.

Dado el valor percibido de estas experiencias, no sorprende encontrar acuerdos sociales estructurales que los producen.

AUTENTICIDAD REPRESENTADA EN INSTANCIAS TURISTICAS

Los turistas comúnmente toman tures guiados de establecimientos sociales porque proveen acceso fácil a áreas del establecimiento que normalmente están cerradas para

los individuos ajenos a éste. Las visitas de los niños de escuela a estaciones de bomberos, bancos y periódicos se denominan “educativas” porque el funcionamiento interior de estos lugares importantes se muestran y explican en el transcurso de la visita. Este tipo de visita, y las experiencias que genera, proveen un juego interesante de problemas analíticos. El recorrido se caracteriza por una organización social diseñada para revelar funcionamientos internos del lugar; en la visita, los individuos ajenos se les permite entrar más allá que a los clientes regulares; a los niños se les permite entrar a las bóvedas del banco, para ver un millón de dólares, se les permite tocarle las ubres a una vaca. Etc. Al mismo tiempo, los procedimientos tienen una cualidad representativa que les da un aura de superficialidad, es cierto que es una superficialidad no siempre percibida como tal por el turista, que usualmente es benévolo con estos asuntos. Un relato de cabo Kennedy ofrece ilustrarnos:

Ningún visitante al centro Aeroespacial ha tenido una visita más dramática que aquellos por diseño o accidente se encontraron recorriendo las instalaciones el mes pasado durante la inolvidable misión del Apolo 13... en un patio-jardín afuera de el edificio 1 de la oficina de prensa, un grupo de turistas visitando el centro aeroespacial, vieron a los corresponsales a través de los enormes ventanales de vidrio. Los visitantes también pudieron oír la voz de la torre de control. Un joven alto, con su brazo alrededor de la cintura de su novia resumió los sentimientos de los visitantes cuando dijo a medio volumen “estar ahí es hacer parte de ello” “por dios” susurró su novia seriamente “por favor, qué vuelvan seguros a casa”

El joven en su recuento expresa su creencia de que está teniendo casi una experiencia auténtica. Este tipo de experiencia se produce a través del uso de un nuevo tipo de espacio social que se abre en todas partes en nuestra sociedad. Es un espacio para individuos ajenos a quienes se les permite ver detalles de la operación interna de una institución comercial, domestica, industrial o publica. Aparentemente, la entrada a estos espacios les permite a los adultos recapturar sensaciones virginales de descubrimiento, o sentimientos infantiles de estar medio-dentro y medio-afuera de la sociedad, sus caras pegadas del vidrio, Algunos políticos radicales y conservadores consideran que el “swinging”, la terapia de masajes y el cunnilingus en pantalla gigante son índices de la general relajación de los estándares morales de la sociedad. Sin embargo estos son solo casos especiales de muestras de la realidad, el orgasmo público se estimuló en el interés de la solidaridad social.

Otros ejemplos básicos (en términos de procesos biológicos) de intimidad representada son dados por la tendencia de volver restaurantes algo más que lugares para comer:

El último sitio para comer en Copenhague es *La Cuisine*, estratégicamente ubicado en la Stroegat, la calle peatonal principal de la ciudad. Por estos días todo el mundo se pega contra la ventana para ver a los cuatro cocineros. Para poder entrar al cómodo restaurante en la parte posterior de la casa, el comensal debe atravesar la cocina. Si tiene prisa, puede comer en la cocina, como en una hamburguesería. La “cocina” es un coqueteo de hecho, admite Patrick McCurdy, nacido en Canadá y educado en Suiza, capitán de mesa y gerente asociado. “a un transeúnte casual lo fascinan los cocineros trabajando, preparando un bistec o un pollo o una ensalada”.

Lo que se muestra a los turistas no es un tras escena institucional, como Goffman define el término. Es más una área trasera representada, una especie de museo vivo, para el cual no tenemos un término analítico.

UNA ESTRUCTURA DE INSTANCIAS TURISTICAS

Uno de mis estudiantes me ha dicho que un nuevo edificio de apartamentos en Nueva York exhibe sus equipos de calefacción y aire acondicionado, pintados con colores básicos tras rieles de bronce en su recepción. Desde el punto de vista de las

instituciones sociales que se exponen de este modo, la estructura de su recepción refleja una nueva preocupación por la *verdad* y *moralidad* a un nivel institucional. La industria, por ejemplo está descubriendo que las ventajas de parecer honesto y legítimo superan las desventajas de tener que organizar pequeñas muestras de honestidad. Hay un paralelo interesante aquí con algunas de las personas occidente industrial que han buscado simplicidad y naturalidad en su modo de vestir y han encontrado necesario una constante selección de ropa joyería y estilos de peinado especialmente diseñados para verse naturales. Al exponer sus corazones de acero para ser vistos por todos y poner en escena su verdadera vida interior, algunos establecimientos comerciales importantes del occidente comercial se “volvieron hippies” una década antes de que los Hippies se volvieran Hippies: desde este punto de vista, el movimiento hippie no es técnicamente un movimiento sino una expresión básica de el estado actual de la evolución de nuestra sociedad.

El desarrollo estructural actual de la sociedad está marcado por la aparición del espacio turístico en todas partes. Este espacio puede llamarse un escenario, un escenario turístico, o simplemente un set dependiendo de que tan a propósito sea instalada la muestra para los turistas. La bolsa de valores de Nueva York vista desde el balcón instalado para los visitantes es una escena turística, como no hay evidencia de que el espectáculo abajo representado es *para* los espectadores. Sin embargo las exhibiciones de la parte posterior en Disneylandia en Anaheim California, han sido construidos *únicamente* para los visitantes, y pueden llamarse escenarios, las características de los Sets son: que la única razón que necesita darse para visitarlos, es *para* verlos- en este sentido son únicos entre los lugares sociales; están físicamente cerca a actividades sociales serias, o actividades serias se imitan en ellos; contienen objetos, herramientas y máquinas que tienen usos especializados específicos, a menudo rutinas esotéricas, sociales, ocupacionales e industriales; están abiertos, al menos durante tiempos específicos, a ser accedidos por visitantes.

A la conciencia turística la motiva su deseo de experiencias auténticas y el turista puede creer que se mueve en esa dirección, pero a menudo, es muy difícil saber a ciencia cierta si la experiencia es de hecho una auténtica. Siempre es posible que lo que se toma como una entrada a un área trasera será en realidad una entrada a un frente que ha sido puesto en escena de antemano para la visita turística. En los escenarios turísticos, especialmente en la sociedad industrial, puede ser necesario desestimar la importancia e incluso la existencia de regiones frontales y traseras excepto como polos ideales de la experiencia turística.

Volviendo a la dicotomía original entre frente y parte trasera de Goffman, los escenarios turísticos pueden ser organizados en un continuo empezando en el frente y terminando en la parte trasera, reproduciendo la trayectoria natural de la entrada de un individuo en una situación social. A pesar de que indicadores empíricos individuales de cada estado puedan ser de alguna manera difíciles de descubrir, es *teóricamente* posible distinguir seis etapas de este continuo. Aquí, el ejercicio de una pequeña licencia teórica puede resultar útil.

Estado uno: la región frontal de Goffman: el tipo de espacio social que los turistas pretenden atravesar.

Estado dos: una región delantera turística que ha sido decorada para parecer en algunas de sus particularidades como una región trasera: un restaurante de comida de mar con una red de pesca colgada en la pared; una carnicería con replicas plásticas de quesos y

salchichas colgadas de la pared; *funcionalmente* este estado (el dos) es completamente un área delantera y siempre lo ha sido, pero ha sido decorado cosméticamente para recordar actividades del área trasera: suvenires que no se toman en serio y hacen parte de “la atmosfera” del lugar.

Estado tres: un frente que ha sido completamente organizado para parecer una región posterior; simulaciones de caminatas lunares para audiencias televisivas; shows en vivo sobre sex-shops en Berlín donde el cliente paga para ver parejas interraciales copulando de acuerdo a sus propias instrucciones. Éste es un estado problemático: entre mejor la simulación, más difícil distinguirlo del cuarto estado

Estado cuatro: una región trasera que ha sido abierto a visitantes; revelaciones periodísticas de la vida privada de personajes famosos; revelaciones de detalles de negociaciones diplomáticas secretas. Es su cualidad de abierto, lo que distingue estos escenarios especialmente turísticos (estados tres y cuatro) de otras regiones traseras; el acceso a la mayoría de las regiones traseras no-turísticas es de cierta forma restringido.

Estado cinco: una región trasera que puede haber sido limpiada o alterada ligeramente porque a los turistas se les permiten miradas ocasionales: la cocina de Erving Goffman; ensayos en fábricas, barcos u orquestas; revelaciones periodísticas de fugas de información.

Estado seis: la región trasera de Goffman; el tipo de espacio social que motiva la conciencia turística.

Ésta es suficiente teoría. La acción empírica en escenarios turísticos está confinado mayormente al movimiento entre áreas decoradas para verse como regiones traseras y regiones traseras a las cuales los turistas se les permiten ojeadas.

Conocimiento en lo cotidiano y en términos etnológicos es lo que se obtiene de estas miradas a las áreas traseras.

TURISTAS E INTELLECTUALES

No hay un rol serio o funcional en la producción que espera a los turistas en los lugares que visitan. A los turistas no se les hace personalmente responsables por nada de lo que sucede en los establecimientos que visitan, y la calidad del conocimiento obtenido por la experiencia turística, ha sido criticado por ser menos que profundo. Los hombres de David Riesman en “Other-Directed” y Herbert Marcuse en “One-Dimensional” son producto de un interés intelectual tradicional por la superficialidad del conocimiento en nuestra sociedad moderna, pero el escenario turístico per se apenas y empieza a estimular comentarios intelectuales. Los escenarios a menudo no son solo copias de replicas de situaciones de la vida real, sino copias que se presentan como si estuvieran revelando mas de la cosa real de lo que la cosa real revela. Por supuesto, este no puede ser el caso, por lo menos no desde un punto de vista técnico, como por ejemplo en etnografía. Los tures guiados de Greyline en Haight Achbury cuando los hippie vivían ahí no pueden ser sustituidos por los estudios basados en observación participante, elaborados al mismo tiempo. La actitud intelectual es firme en esa creencia. La experiencia turística que proviene del escenario turístico está basado en la inautenticidad y como tal es superficial si se la compara con un estudio cuidadoso. Es inferior moralmente a la simple experiencia. Una simple experiencia puede desconcertar, pero la experiencia turística es siempre desconcertante. Mas aún, la mentira que contiene la experiencia turística, se presenta como una revelación sincera, como el vehículo que trae al observador tras falsos frentes hacia la realidad. La idea aquí es que un atrás falso es mas insidioso y peligroso que un frente falso, o que una desmitificación

inauténtica de la vida social no es solamente una mentira sino una *supermentira*, de la clase a la que le chorrea la sinceridad.

De la misma índole, los comentarios de Daniel Boorstin al respecto del turismo sugieren que los escritos críticos acerca del tema de la mentalidad de masas moderna está ganando precisión analítica y se está alejando de los conceptos individuo-céntricos de los 50s hacia una orientación estructural. Su concepto del “pseudo-evento” es una adición reciente a la línea de crítica específica del turismo que puede ser rastreada hasta el “Ocio Conspicuo” de Neblen o incluso más atrás, al comentario irónico de Mark Twain en “The Innocents Abroad”. En su uso del termino “pseudo-evento”, Boorstin quiere que su lector entienda que hay algo del el escenario turístico que no es intelectualmente satisfactorio. En sus propias palabras:

Estas atracciones turísticas ofrecen una experiencia elaboradamente confusa e indirecta, un producto artificial para ser consumido en el mismo lugar donde la cosa real es gratis como el aire. Hay formas para que el viajero se mantenga aislado de extranjeros en el mismo acto de observarlos. Mantienen a los nativos en cuarentena mientras el turista en medio de un confort con aire acondicionado los observe como en un pase de diapositivas a través de la ventana. Son espejismos culturales que se encuentran en oasis turísticos en todas partes.

Este tipo de comentario nos recuerda que los escenarios turísticos como otras áreas de la vida institucional, a menudo son insuficientemente controlados por preocupaciones liberales de verdad y belleza. Son chabacanos, podemos también sugerir que algunos lugares turísticos sobre-expresan su estructura subyacente por ende exacerbando a algunos de sus visitantes sensibles: restaurantes decorados como cocinas de rancho; botones de hotel que asumen y usan nombres extranjeros falsos; cuartos de hotel que han sido hechos para parecer cabañas de campesinos; ceremonias religiosas primitivas representadas como desfiles públicos. Este tipo de escenario turístico desnudo probablemente no sea tan importante en el esquema general del turismo de masas como Boorstin lo presenta en su polémica pero es un tipo ideal de cierta manera, y muchos ejemplares, existen.

Boorstin es perspicaz en lo que respecta a la naturaleza de los arreglos turísticos, pero subestima lo que pudo haberse convertido en un análisis estructural de la conciencia turística, por haberse enfocado en interpretaciones de nivel individual antes de analizar a profundidad su concepto del “pseudo-evento”. El afirma que los turistas mismos *causan* “pseudo-eventos”. Sobre los restaurantes a borde de las superautopistas Boorstin escribe:

Ahí la gente puede comer sin tener que mirar a un paisaje individual y localizado. El mantel de papel desechable donde sirven no muestra imágenes locales, sino un mapa de superautopistas numeradas, con la ubicación de otros oasis. Donde se sienten más en casa es sobre la autopista misma, calmados por el caudal de autos al que pertenecen.

Ninguno de los recuentos en mi colección secundan la contención de Boostin de que los turistas quieren experiencias superficiales y artificiosas. Por el contrario, los turistas demandan autenticidad igual que lo hace Boorstin, sin embargo, Boorstin persiste en proponer una separación absoluta entre las actitudes turística e intelectual. Al respecto de la diferencia entre trabajo (Viajar) y turismo, escribe:

El viajante, entonces trabaja en algo: el turista es un buscador de placer. El viajante es activo; va incansablemente en búsqueda de gente, de aventura de experiencias. El turista es pasivo; espera que cosas interesantes le sucedan. Va a avistar.

Espera que todo se haga por y para él.

Como ya he sugerido, la actitud de Boorstin expresa un lugar común entre los turistas y

escritores de viaje. Es tan prevalente de hecho que es parte del problema del turismo de masa, no una reflexión analítica de él.

En otras palabras, aun nos faltan perspectivas técnicas adecuadas para el estudio de los “pseudo-eventos”. La construcción de tales perspectivas empieza necesariamente con los turistas mismos y un examen riguroso de los hechos de el turismo (avistamiento). Los escritores de los relatos anteriormente citados en este capítulo expresan la decepción de Boorstin con que sus experiencias sean a veces fugaces y aisladas. Desean estar con los nativos pero mas importante aquí, están dispuestos a aceptar la decepción cuando sienten que no les es permitido penetrar en la vida real del lugar que visitan. De hecho algunos turistas son capaces de reírse de la decepción de Boorstin. El relato de un viaje a Tangier del cual el siguiente fragmento fue sacado, proviene de un escritor que claramente esperaba el falso revés que encontró ahí y lo cuenta relajadamente.

Un joven árabe acercó una silla a nuestra mesa. Tenía tapetes para vender, pero insistimos en que no estábamos interesados. El desenrolló su colección completa y la mostro en el piso. No se quería ir. Podía ver bajo su túnica que tenía unos pantalones elegantes y un suéter de cachemir azul bebé

De manera similar, un visitante a Las Vegas que escribió lo siguiente ha visto a través del escenario turístico y se ríe:

Junto con quienes vacacionaban en invierno que eran miles, regresaré a la energética Las Vegas, si por nada mas, para saber si Howard Hughes, como el Casino Mint, ha empezado a regalar pases al visitante para que pasen tras el telón y puedan admirar su fábrica de dinero. Para estos turistas, la exposición a una región trasera es una parte casual de su experiencia turística. Lo que ven en la parte de atrás es solo otro espectáculo. No los engaña, impresiona o molesta, y no expresan ningún sentimiento de haber sido contaminados por su descubrimiento

*términos problemáticos :

ELLO (http://es.wikipedia.org/wiki/Ello,_yo_y_supery%C3%B3)

LANZADERA http://es.wikipedia.org/wiki/Lanzadera_volante

TEXTO ORIGINAL:

THE TOURIST

A new theory of the leisure class

Dean MacCanell

University of California Press

Capítulo 5

AUTENTICIDAD REPRESENTADA

THE modernization of work relations, history and nature detaches these from their traditional roots and transforms them into cultural productions and experiences. The same process is operating on "everyday life" in modern society, making a "production" and a fetish of urban public street life, rural village life and traditional domestic relations.

Modernity is quite literally turning industrial structure inside out as these workaday, "real life, " "authentic" details are woven into the fabric of our modern solidarity alongside the other attractions. Industrial Man could retreat into his own niche at his work place, into his own neighborhood bar or into his own domestic relations. Modern Man is losing his attachments to the work bench, the neighborhood, the town, the family, which he once called "his own" but, at the same time, he is developing an interest in the "real life" of others.

The modern disruption of real life and the simultaneous emergence of a fascination for the "real life" of others are the outward signs of an important social redefinition of the categories "truth" and "reality" now taking place. In premodern types of society, *truth* and *nontruth* are socially encoded distinctions protected by norms. The maintenance of this distinction is essential to the functioning of a society that is based on *interpersonal* relationships. The stability of interpersonal relations requires a separation of truth from lies, and the stability of social structure requires stable interpersonal relations. This pattern is most pronounced in the primitive case where family structure *is* social structure. In modern settings, society is established through cultural representations of reality at a level above that of interpersonal relations. Real life relations are being liberated from their traditional constraints, as the integrity of society is no longer dependent on such constraints. No one has described the impact of this social structural change so well or so closely as Erving Goffman. He has found that it is no longer sufficient simply to be a man in order to be perceived as one. Now it is often necessary to *act out* reality and truth.

I began my analysis of the problem of authenticity by starting across the bridge between structure and consciousness built by Goffman. I found it necessary to extend his conception a little to make it to the other side.

FRONT BACK AND REALITY

Paralleling a common sense division, Goffman analyzed a structural division of social establishments into what he terms *front* and *back regions*. The front is the meeting place of hosts and guests or customers and service persons, and the back is the place where members of the home team retire between performances to relax and to prepare.

Examples of back regions are kitchens, boiler rooms, executive washrooms, and examples of front regions are reception offices and parlors. . Although architectural arrangements are mobilized to support this division, it is primarily *a social* one, based on the type of social performance that is staged in a place, and on the social roles found there. In Goffman's own words:

Given a particular performance as the point of reference, we have distinguished three crucial roles on the basis of function: those who perform; those performed to; and outsiders who neither perform in the show nor observe it. . . . (T)he three crucial roles mentioned could be described on the basis of the regions to which the role-player has access: performers appear in the front and back regions; the audience appears only in the front region; and the outsiders are excluded from both regions.'

The apparent, taken-for-granted reality of a social performance, according to Goffman's theory, is not an unproblematical part of human behavior. Rather, it depends on structural arrangements like this division between front and back. A back region, closed to audiences and outsiders, allows concealment of props and activities that might discredit the performance out front. In other words, sustaining a firm sense of social reality requires some *mystification*.

The problem here is clearly one of the emergent aspects of life in *modern* society. Primitives who live their lives totally exposed to their "relevant others" do not suffer from anxiety about the authenticity of their lives, unless, perhaps, a frightening aspect of life suddenly becomes too real for them. The opposite problem, a weakened sense of reality, appears with the differentiation of society into front and back. Once this division is established, there can be no return to a state of nature. Authenticity itself moves to inhabit mystification.

A recent example of a mystification designed to generate a sense of reality is the disclosure that chemical nitrates are injected into hams for cosmetic purposes to make them more pink, appetizing and desirable, that is, more hamlike.² Similarly, go-go girls in San Francisco's North Beach have their breasts injected with silicones in order to conform their size, shape and firmness to the characteristics of an ideal breast. Novels about novelists and television shows about fictional television stars exemplify this on a cultural plane. In each of these cases, a kind of strained truthfulness is similar in most of its particulars to a little lie. In other cases, social structure itself is involved in the construction of the type of mystification that supports social reality.

In fact, social structural arrangements can generate mystifications without the conscious manipulation on the part of *individuals* that occurred in the ham and breast examples.

The possibility that a stranger might penetrate a back region is one major source of social concern in everyday life, as much a concern to the strangers who might do the violating as to the violated. Everyone is waiting for this kind of intrusion not to happen, which is a paradox in that the absence of social relationships between strangers makes back region secrets unimportant to outsiders or casual and accidental intruders. Just having a back region generates the belief that there is something more than meets the eye; even where no secrets are actually kept; back regions are still the places where it is popularly believed the secrets are. Folklorists discover tales of the horror concealed in attics and cellars, attesting to this belief.

BACK REGIONS AND SOCIAL SOLIDARITY

As yet unexplored is the function of back regions- their existence intimating their possible violation-in sustaining the common-sense polarity of social life: the putative "intimate and real" as against "show." This division into front and back supports the popular beliefs regarding the relationship of truth to intimacy. In our society, intimacy and closeness are accorded much importance: they are seen as the core of social solidarity and they are also thought by some to be morally superior to rationality and distance in social relationships, and more "real." Being "one of them," or at one with "them," means, in part, being permitted to share back regions with "them." This is a sharing which allows one to see behind the others' mere performances, to perceive and accept the others for what they really are.

Touristic experience is circumscribed by the structural tendencies described here. Sightseers are motivated by a desire to see life as it is really lived, even to get in with the natives, and at the same time, they are deprecated for always failing to achieve these goals. The term "tourist" is increasingly used as a derisive label for someone who seems content with his obviously inauthentic experiences.

The variety of understanding held out before tourists as an ideal is an *authentic* and *demystified* experience of an aspect of some society or other person. An anonymous writer in an underground periodical breathlessly describes her feelings at a women's liberation, all-female dance where she was able, she thought, to drop the front she usually maintains in the presence of men:

Finally the men moved beyond the doorway. And We Danced--All of us with all of us. In circles and lines and holding hands and arm in arm, clapping and jumping--a group of whole people. I remember so many other dances, couples, men and women, sitting watching, not even talking. How could I have consented to that hateful, possessive, jealous pairing? So much energy and life, and sensuality, we women have so rarely and ineffectively expressed. But we did, on Saturday. The women in the band were above performing and beyond competition, playing and singing together and with we [sic] who were dancing. And We Danced--expressing for and with each other. ³

An earlier, one-sided version of this connection between truth, intimacy and sharing the life behind the scenes is found in descriptions of the ethnographic method of data collection. Margaret Mead has written:

The anthropologist not only records the consumption of sago in the native diet, but eats at least enough to know how heavily it lies upon the stomach; not only records verbally and by photographs the tight clasp of the baby's hands around the neck, but also carries the baby and experiences the constriction of the windpipe; hurries or lags on the way to a ceremony; kneels half-blinded by incense while the spirits of the ancestors speak, or the gods refuse to appear. The anthropologist enters the setting and he observes. . . .

These writers base their comments on an implicit distinction between false fronts and intimate reality, a distinction which is not, for them, problematical: once a person, or an observer, moves off- stage, or into the "setting," the real truth begins to reveal itself more or less automatically.

Closer examination of these matters suggests that it might not be so easy to penetrate the true inner workings of other individuals or societies. What is taken to be real might, in fact, be a show that is based on the structure of reality. For example, Goffman warns that under certain conditions it is difficult to separate front from back, and that these are sometimes transformed one into the other:

(W)e can observe the up-grading of domestic establishments, wherein the kitchen, which once possessed its own back regions, is now coming to be the least presentable region of the house while at the same time becoming more and more presentable. We can also trace that peculiar social movement which led some factories, ships, restaurants, and households to clean up their backstages to such an extent that, like monks, Communists, or German aldermen, their guards are always up and there is no place where their front is down, while at the same time members of the audience become sufficiently entranced with the society's id to explore the places that had been cleaned up for them.

Paid attendance at symphony orchestra rehearsals is only one of the latest examples.⁵

Under the conditions Goffman documents here, the back-front division no longer allows

one to make facile distinctions between mere acts and authentic expressions of true characteristics. In places where tourists gather, the issues are even more complex.

AUTHENTICITY IN TOURIST SETTINGS

Not all travelers are concerned about seeing behind the scenes in the places they visit. On occasion, and for some visitors, back regions are obtrusive. Arthur Young, when he visited France in 1887 to make observations for his comparative study of agriculture, also observed the following:

Mops, brooms, and scrubbing brushes are not in the catalogue of the necessities of a French inn. Bells there are none; *the fi*le must always be bawled for; and when she appears, is neither neat, well dressed, nor handsome. The kitchen is black with smoke; the master commonly the cook, and the less you see of the cooking the more likely you are to have a stomach to your dinner. The mistress rarely classes civility or attention to her guests among the requisites of her trade. We are so unaccustomed in England to live in our bedchambers that it is at first awkward in France to find that people live nowhere else. Here I find that everybody, let his rank be what it may, lives in his bed-chamber.⁶

Among some, especially some American, tourists and sightseers of today, Young's attitude would be considered insensitive and cynical even if there was agreement that his treatment of the facts was accurate, as apparently it was. One finds in the place of Young's attitude much interest in exactly the details Young wanted not to notice. A touristic desire to share in the real life of the places visited, or at least to see that life as it is really lived, is reflected in the conclusion of a tourist's report from a little Spanish town;

Finally, Frigiana has no single, spectacular attraction, such as Granada's Alhambra or the cave at Nerja. Frigiana's appeal lies in its atmosphere. It is quaint without being cloying or artificial. It is a living Village and not a "restoration of an authentic Spanish town."

Here one can better see and understand the Andalusian style of life.⁷

There are vulgar ways of expressing this liberal sentiment, the desire "to get off the beaten path" and "in with the natives." An advertisement for an airline reads: Take "De tour." Swissair's free-wheeling fifteen day Take-a-break Holiday that lets you detour to the off-beat, over-looked and unexpected corners of Switzerland for as little as \$315 Including car. Take de tour. But watch out for de sheep, de goats and de chickens.⁸

Some tourists do in fact make incursions into the life of the society they visit, or are at least allowed actually to peek into one of its back regions. In 1963, the manager of the Student Center at the University of California at Berkeley would occasionally invite visitors to the building to join him on his periodic inspection tours. For the visitor, this was a chance to see its kitchens, the place behind the pin-setting machines in the bowling alley, the giant fans on the roof, and so forth, but he was probably not a typical building manager. This kind of hospitality is the rule rather than the exception in the areas of the world that have been civilized the longest, a factor in the popularity of these areas with Anglo-Americans.

A respondent of mine told me she was invited by a cloth merchant in the Damascus bazaar to visit his silk factory. She answered "yes," whereupon he threw open a door behind his counter exposing a little dark room where two men in their underwear sat on the floor on either side of a hand loom passing a shuttle back and forth between them. "It takes a year to weave a bolt of silk like that," the owner explained as he closed the door. This kind of happening, an *experience* in the everyday sense of that term,

often occurs by accident. A lady who is a relative of mine, and another lady friend of hers, walked too far into the Canadian Rockies near Banff and found themselves with too much traveling back to town to do in the daytime that was left to do it in. They were rescued by the crew of a freight train and what they remember most from their experience was being allowed to ride with the engineer in the cab of his locomotive. A young American couple told me of being unable to find a hotel room in Zagreb, Yugoslavia. While they were discussing their plight on the sidewalk, an old woman approached them and led them by a circuitous route to a small apartment where they rented a blackmarket room, displacing the family of workers who slept on a couch behind a blanket hung as a curtain in the living room.

Certain individuals are prone to the kind of accident that leads to these experiences because they seek out situations in which this type of thing is most likely to occur. A report from the Caribbean suggests that a taste for action of this type can be cultivated:

"But tourists never take the mail boats," said the hotel manager. That clinched the matter. The next afternoon, I jumped from the dock at Potter's Cay in downtown Nassau to the rusted deck of the Deborah K., swinging idly at her spring lines. . . . [The writer describes island hopping on the mail boat and ends his account with this observation.] The next day, while aloft in a Bahamas Airways plane, I spotted the Deborah K. chugging along in the sound toward Green Turtle Cay. She is no craft for the queasy of stomach and has a minimum of the amenities that most people find indispensable, but she and her sister mail boats offer a wonderfully inexpensive way to see life in the Bahamas-life as the natives live it, not the tourists. 9

Given the felt value of these experiences, it is not surprising to find social structural arrangements that produce them.

STAGED AUTHENTICITY IN TOURIST SETTINGS

Tourists commonly take guided tours of social establishments because they provide easy access to areas of the establishment ordinarily closed to outsiders. School children's tours of firehouses, banks, newspapers and dairies are called "educational" because the inner operations of these important places are shown and explained in the course of the tour. This kind of tour, and the experiences generated by it, provide an interesting set of analytical problems. The tour is characterized by social organization designed to reveal inner workings of the place; on tour, outsiders are allowed further *in* than regular patrons; children are permitted to enter bank vaults to see a million dollars, allowed to touch cows' udders, etc. At the same time, there is a staged quality to the proceedings that lends to them an aura of superficiality, albeit a superficiality not always perceived as such by the tourist, who is usually forgiving about these matters. An account from Cape Kennedy provides illustration:

No sightseers at the Manned Spacecraft Center ever had a more dramatic visit than those who, by design or accident of time, found themselves touring the facility last month during the unforgettable mission of Apollo 13.... In a garden-like courtyard outside the News Bureau in Building I, a group of tourists visiting the Manned Spacecraft Center here stared at the working correspondents through the huge plate-glass windows. The visitors, too, could hear the voice of Mission Control. A tall young man, his arm around his mini-skirted blonde girl friend, summed up the feelings of the sightseers when he said,

half aloud, "Being here's like being part of it." "Dear God," his girl whispered earnestly, "please let them come home safe." ¹⁰

The young man in this account is expressing his belief that he is having an almost authentic experience. This type of experience is produced through the use of a new kind of social space that is opening up everywhere in our society. It is a space for outsiders who are permitted to view details of the inner operation of a commercial, domestic, industrial or public institution. Apparently, entry into this space allows adults to recapture virginal sensations of discovery, or childlike feelings of being half-in and half-out of society, their faces pressed up against the glass. Some political radicals and conservatives consider "swinging," "massage therapy" and "wide-screen cunnilingus" to be indices of a general relaxation of society's moral standards. These are, however, only special cases of reality displays, public orgasm worked up in the interest of social solidarity.

Other basic (that is, biological process) examples of staged intimacy are provided by the tendency to make restaurants into something more than places to eat: The newest eating place in Copenhagen is La Cuisine, strategically located on the Stroeget, the main strolling street of the city. Everyone is flat-nosing it against the windows these days watching the four cooks. In order to get to the cozy, wood-paneled restaurant in the back of the house, the guest must pass the kitchen. If he is in a hurry he may eat in the kitchen, hamburger joint-style. "The kitchen" bit is a come-hither, actually, admits Canadian-born, Swiss-educated Patrick McCurdy, table captain and associate manager. "A casual passer-by is fascinated by cooks at work, preparing a steak or a chicken or a salad." ¹¹

What is being shown to tourists is not the institutional *back stage*, as Goffman defined this term. Rather, it is a staged back region, a kind of living museum for which we have no analytical terms.

A STRUCTURE OF TOURIST SETTINGS

A student of mine has told me that a new apartment building in New York City exhibits its heating and air conditioning equipment, brightly painted in basic colors, behind a brass rail in its lobby. From the standpoint of the social institutions that are exposed in this way, the structure of their reception rooms reflects a new concern for *truth* and *morality* at the institutional level. Industry, for example, is discovering that the commercial advantages of appearing to be honest and aboveboard can outweigh the disadvantages of having to organize little shows of honesty. There is an interesting parallel here with some of the young people of the industrial West who have pressed for simplicity and naturalness in their attire and have found it necessary assiduously to select clothing, jewelry and hairstyles that are especially designed to *look* natural.

In exposing their steel hearts for all to see and in staging their true inner life, important commercial establishments of the Industrial West "went hippie" a decade before hippies went hippie: Approached from this standpoint, the hippie movement is not technically a movement but a basic expression of the present stage of the evolution of our society.

The current structural development of society is marked by the appearance

everywhere of touristic space. This space can be called a *stage set*, a *tourist setting*, or simply, a set depending on how purposefully worked up for tourists the display is. The New York stock exchange viewed from the balcony set up for sightseers is a tourist setting, since there is no evidence that the show below is *for* the sightseers. The exhibitions of the back regions of the world at Disneyland In Anaheim, California are constructed only for sightseers, however, and can be called "stage sets." Characteristics of sets are: the only reason that need be given for visiting them is to see them- in this regard they are unique among social places; they are physically proximal to serious social activity, or serious activity is limited in them; they contain objects, tools and machines that have specialized use in specific, often esoteric, social, occupational and industrial routines; they are open, at least during specified times, to visitation from outsiders. Touristic consciousness is motivated by its desire for authentic experiences, and the tourist may believe that he is moving in this direction, but often it is very difficult to know for sure if the experience is in fact authentic. It is always possible that what is taken to be entry into a back region is really entry into a front region that has been totally set up in advance for touristic visitation. In touristic settings, especially in industrial society, it may be necessary to discount the importance, and even the existence, of front and back regions except as ideal poles of touristic experience.

Returning to Goffman's original front-back dichotomy, tourist settings can be arranged in a continuum starting from the front and ending at the back, reproducing the natural trajectory of an individual's initial entry into a social situation. While distinct empirical indicators of each stage may be somewhat difficult to discover, it is *theoretically* possible to distinguish six stages of this continuum. Here, the exercise of a little theoretical license might prove worthwhile.

Stage one: Goffman's front region; the kind of social space tourists attempt to overcome or to get behind.

Stage two: a touristic front region that has been decorated to appear, in some of its particulars, like a back region: a seafood restaurant with a fishnet hanging on the wall; a meat counter in a supermarket with three-dimensional plastic replicas of cheeses and bolognas hanging against the wall. *Functionally*, this stage (two) is entirely a front region, and it always has been, but it is cosmetically decorated with reminders of back region activities: mementos, not taken seriously, called "atmosphere."

Stage three: a front region that is totally organized to look like a back region; simulations of moonwalks for television audiences; the live shows above sex shops in Berlin where the customer can pay to watch interracial couples copulating according to his own specific instructions. This is a problematical stage: the better the simulation, the more difficult to distinguish from stage four.

Stage four: a back region that is open to outsiders; magazine exposes of the private doings of famous personages; official revelations of the details of secret

diplomatic negotiations. It is the open characteristic that distinguishes these especially touristic settings (stages three and four) from other back regions; access to most non-touristic back regions is somewhat restricted.

Stage five: a back region that may be cleaned up or altered a bit because tourists are permitted an occasional glimpse in: Erving Goffman's kitchen; factory, ship, and orchestra rehearsal cases; news leaks.

Stage six: Goffman's back region; the kind of social space that motivates touristic consciousness.

That is theory enough. The *empirical* action in tourist settings is mainly confined to movement between areas decorated to look like back regions, and back regions into which tourists are allowed to peek.

Insight, in the everyday, and in some ethnological senses of the term, is what is obtained from one of these peeks into a back region.

TOURISTS AND INTELLECTUALS

There is no serious or functional role in the production awaiting the tourists in the places they visit. Tourists are not made personally responsible for anything that happens in the establishments they visit, and the quality of the insight gained by touristic experience has been criticized as less than profound. David Riesman's "other-directed" and Herbert Marcuse's "one-dimensional" men are products of a traditional intellectual concern for the superficiality of knowledge in our modern society, but the tourist setting *per se* is just beginning to prompt intellectual commentary. Settings are often not merely copies or replicas of real-life situations but copies that are presented as disclosing more about the real thing than the real thing itself discloses. Of course, this cannot be the case, at least not from technical standpoints, as in ethnography, for example. The Greyline guided tours of the Haight Ashbury when the hippies lived there cannot be substituted for the studies based on participant observation undertaken at the same time. The intellectual attitude is firm in this belief. The touristic experience that comes out of the tourist setting is based on inauthenticity and as such it is superficial when compared with careful study. It is morally inferior to mere experience. A mere experience may be mystified, but a touristic experience is always mystified.

The lie contained in the touristic experience, moreover, presents itself as a truthful revelation, as the vehicle that carries the onlooker behind false fronts into reality. The idea here is that a false back is more insidious and dangerous than a false front, or an inauthentic demystification of social life is not merely a lie but a *superlie*, the kind that drips with sincerity.

Along these lines, Daniel Boorstin's ¹² comments on sightseeing and tourism suggest that critical writing on the subject of modern mass mentality is gaining analytical precision and is moving from the individual-centered concepts of the 1950's to a structural orientation. His concept of "pseudo-event" is a recent addition to a line of specific criticism of tourists that can be traced back to Veblen's "conspicuous leisure"¹³ or back still further to Mark Twain's ironic commentary in *The Innocents Abroad*. ¹⁴ In his use of the term "pseudo-event",

Boorstin wants his reader to understand that there is something about the tourist setting itself that is not intellectually satisfying. In his own words:

These [tourist]"attractions" offer an elaborately contrived indirect experience, an artificial product to be consumed in the very places where the real thing is as free as air. They are ways for the traveler to remain out of contact with foreign peoples in the very act of "sight-seeing" them. They keep the natives in quarantine while the tourist in air conditioned comfort views them through a picture window. They are the cultural mirages now found at tourist oases everywhere.¹⁵

This kind of commentary reminds us that tourist settings, like other areas of institutional life, are often insufficiently policed by liberal concerns for truth and beauty. They are tacky. We might also suggest that some touristic places overexpress their underlying structure and thereby upset certain of their sensitive visitors: restaurants are decorated like ranch kitchens; bellboys assume and use false, foreign first names; hotel rooms are made to appear like peasant cottages; primitive religious ceremonies are staged as public pageants. This kind of naked tourist setting is probably not as important in the overall picture of mass tourism as Boorstin makes it out to be in his polemic, but it is an ideal type of sorts, and many examples of it exist.

Boorstin is insightful as to the nature of touristic arrangements but he undercuts what might have developed into a structural analysis of sightseeing and touristic consciousness by falling back onto individual-level interpretations before analyzing fully his "pseudo-event" conception. He claims that tourists themselves *cause* "pseudo-events." Commenting on the restaurants along superhighways, Boorstin writes:

There people can eat without having to look out on an individualized, localized landscape. The disposable paper mat on which they are served shows no local scenes, but a map of numbered super highways with the location of other "oases." *They feel most at home above the highway itself, soothed by the auto stream to which they belong.*¹⁶

None of the accounts in my collection support Boorstin's contention that tourists want superficial, contrived experiences. Rather, tourists demand authenticity just as Boorstin does. Nevertheless, Boorstin persists in positing an absolute separation of touristic and intellectual attitudes. On the distinction between work ("traveling") and sightseeing, he writes:

The traveler, then, was working at something; the tourist was a pleasure-seeker. The traveler was active; he went strenuously in search of people, of adventure, of experience. The tourist is passive; he expects interesting things to happen to him. He goes "sight-seeing".

. . . He expects everything to be done to him and for him.¹⁷

As I have already suggested, the attitude Boorstin expresses is a commonplace among tourists and travel writers. It is so prevalent, in fact, that it is a part of the problem of mass tourism, not an analytical reflection on it.

In other words, we still lack adequate technical perspectives for the study of "pseudo-events." The construction of such perspectives necessarily begins with the tourists themselves and a close examination of the facts of sightseeing. The writers of the accounts cited earlier in this chapter express Boorstin's disappointment that their

experiences are sometimes fleeting and insulated. They desire to get in with the natives, but, more important here, they are willing to accept disappointment when they feel they are stopped from penetrating into the real life of the place they are visiting. In fact, some tourists are able to laugh off Boorstin's disappointment. The account of a trip to Tangier from which the following is excerpted was given by a writer who clearly expected the false backwardness she found there and is relaxed about relating it.

A young Arab pulled a chair up to our table. He had rugs to sell, but we insisted we were not interested. He unrolled his entire collection and spread them out on the ground. He wouldn't leave. I could see beneath his robes that he was wearing well-tailored navy blue slacks and a baby blue cashmere sweater. 18

Similarly, the visitor to La Vegas who wrote the following has seen through the structure of tourist settings and is laughing about it:

Along with winter vacationists by the thousands, I will return to lively Las Vegas, if only to learn whether Howard Hughes, like the Mint Casino, has begun issuing free coupons entitling the visitor to a back-stage tour of his moneymaking establishment. 19

For these tourists, exposure of a back region is casual part of their touristic experience. What they see in the back is only another show. It does not trick, shock or anger them, and they do not express any feelings of having been made less pure by their discoveries.